

En mi primera visita a Estambul... lo que más me llamó la atención y en seguida me atrajo fue la portentosa impresión de fuerza animal que desprende: una vitalidad salvaje, omnívora, desbordante que sobrecoge al viajero en cuanto pone los pies en ella.

Juan Goytisolo, *La ciudad palimpsesto*

Espiritual y promiscua

Estambul invita a soñar con viajes lujosos y se ofrece al visitante cargada de sensaciones y sonidos

A veces leo lo que han escrito sobre la ciudad esos viajeros no como sueños exóticos de otro, sino como si fueran mis propios recuerdos. Pamuk, Estambul

MANUEL CUENYA

Es la segunda vez que aterrizo en Estambul, en el aeropuerto de Atatürk, de esta bella y monstruosa urbe, cuyas dimensiones resultan inabarcables, al menos para un viajero, salvo que éste se quede durante varios meses —como hicieron Flaubert, Gautier o Nerval—, y se dedique a recorrer palmo a palmo esta metrópolis, que a Juan Goytisolo se le antoja espacio-palimpsesto, babel de lenguas, Bizancio-Constantinopla fundada hace veintitantos siglos. Nada más llegar al aeropuerto —y pagar religiosamente el visado—, me encamino a algún punto de información para ver cómo puedo llegar al centro. Busco una oficina de turismo antes incluso de cambiar gaita. «Desde aquí no hay autobuses, sí metro», me dice la chica de información, que me explica cómo puedo llegar al centro, y se sonríe, simpática, cuando le muestro mis viejas liras, ya inservibles.

Desde Atatürk (estación de Havalimani) se puede coger un metro, que te lleva hasta el centro histórico de Sultanahmet, donde están algunas de las maravillas turcas: Santa Sofía, la Mezquita Azul, el palacio de Topkapı, harén incluido, entre otras y otros de singular valor.

Elijo la calle Akbiyik para alojarme, a sabiendas de que en esta ciudad no resulta complicado encontrar dónde hospedarse porque cuenta con una gran infraestructura hotelera, creada sobre todo en estos últimos tiempos, debido a la masiva demanda de turistas, que manan de cualquier esquina. La Akbiyik Caddesi parece una calle americana de alguna ciudad californiana. Me hace recordar la Main Street del Reino Disney. Muy cambiada he visto esta megalópolis con respecto al 2001, año en que la visitara por primera vez. Ciudad en constante cambio, a la que han aseado y maquillado como una capital europea de altos vuelos por donde suelen transitar los turistas, véanse la animada y chic Istiklal Caddesi o la Di-



Istiklal es una espaciosa y occidentalizada calle peatonal que cuenta con un viejo tranvía. CUENYA

La Akbiyik parece una calle de alguna ciudad californiana, incluso recuerda a la Main Street del Reino Disney

La ciudad está muy cambiada y ha sido aseada y maquillada como una capital europea de altos vuelos



Imagen panorámica de la ciudad. CUENYA

vanyolu. Esta última parte desde Santa Sofía hasta la parada Çemberlitas, donde se encuentra un famoso hammam, que hace las delicias de cualquier viajero.

Al personal le gusta pasear por la Istiklal Caddesi, una larga, espaciosa y occidentalizada calle peatonal, sólo interrumpida por

un viejo y turístico tranvía, que de vez en cuando parece embestir a la muchedumbre. La Istiklal, con sus múltiples pasajes de estilo parisino, como el Atlas, el Çiçek Pasajı o Cité de Pera (repleta de bares-restaurantes, y justo al lado de un pintoresco mercado de pescado) me ha-

cen recordar la histórica calle de Saint Denis o a alguna calle vienesa, con sus cafeterías y tiendas sofisticadas. En la Istiklal hay multitud de bares, cafeterías como Madrid y Barcelona, contiguas, restaurantes, delicias turcas, puestos de kebab, cines, tiendas de libros y discos —véase la estupenda Mephisto, que encima sirve café y té—. Otros sitios de la ciudad, en cambio, no gozan de tal glamur. No hay más que darse una vuelta por el barrio situado en la parte baja de la mezquita de la Süleymaniye Camii, donde se impone otra realidad, que me hace recordar la Alfama o la Mourería de Lisboa, con la ropa tendida en los exteriores de las casas de madera, harto inclinadas y ruinosas, como si fueran a derrumbarse, mientras los guajes corretean por entre el barro de las calles. O bien el comienzo, algo siniestro, de la Galip Dede en dirección al barrio de los Genoveses. Incluso hay una calleja, resguardada por tipos de dudosa catadura, que pretende ocultar el puterío a los extranjeros en una ciudad entre promiscua y conservadora. Sólo debes trepar unos metros por la Galip Dede en cuesta y algo decadente, hasta que comienza la algarabía de puestos, las vitamin shop y sus vendedores de zumos, etc., lo que me hace recordar la calle Calderería (la vieja, y aun la nueva) de Granada.

De peregrinaje por la ciudad
Continúo mi peregrinaje por esta ciudad espiritual y promiscua, estimulante y frenética, entre dos mundos no siempre reconciliables, Oriente y Occidente, asentada sobre siete, como Roma, con sus bellas y evocadoras siluetas de minaretes y cúpulas, que parecen tocar los cielos... y sus muecines que resuenan en mis vísceras como llamadas de fe. Me acerco a la meca del Pierre Loti, que no era ningún santo, solo un novelista francés, cuya «ermita», situada en medio de un cementerio apacible y bucólico, en el barrio de Eyüp, se ha convertido en un café exitoso, con una terraza espectacular, en la que te puedes tomar un café turco, y desde la que se contemplan maravillosas panorámicas de «Istanbul», aunque me late que las mejores vistas de la ciudad se tienen desde lo alto de la Torre Gálata. El café Loti es muy apreciado por los extran-

jeros, incluso por algunos ber-
cianos, como Ovidio, el propie-
tario del Bodegón ponferradino.
Luego de la visita tomo un bus
de regreso hasta Eminönü, otro
lugar emblemático de la ciudad,
desde donde se puede embar-
car hacia la parte asiática (Üs-
kudär), o bien dar un paseo por
el Bósforo.

Eminönü es uno de los lugares
más transitados —tanto por los
estambulíes como por extranje-
ros—, donde hay muchos pue-
stos de pescado, que invitan a de-
gustar un sabroso bocadillo de
pescado asado a la plancha.

Cruzo el puente Gálata, en
dirección a la famosa torre, la
más antigua y bonita de Estam-
bul, construida por los genove-
ses. La subida a la torre en as-
censor cuesta diez liras turcas,
pero merece mucho la pena,
porque se puede atisbar toda
la ciudad.

Visita indispensable, aunque
no se vaya a comprar nada se
me hace el Gran bazar, «el rei-
no de lo improbable... en él todo
tiene cabida», según Goytisolo.
Enorme y bien organizado, no
me resulta tan cautivador como
los zocos marrakchíes o la an-
cestral Medina de Fes-el-Bali.

Resulta inspirador recorrer la
ciudad a pie, adentrarse sin rum-
bo fijo en sus entrañas, que des-
prenden un intenso aroma, pues
se trata de una mágica y a la vez
decadente ciudad, emplazada en
un lugar de ensueño, a orillas



El Acueducto Valens está ubicado en el distrito de Fatih. CUENYA

del mar Mármara y el estrecho
del Bósforo. La Capital de tres
imperios invita a soñar con via-
jes lujosos en el Orient Express,
de la mano de Ágata Christie, y
con harenes en el Topkapi.

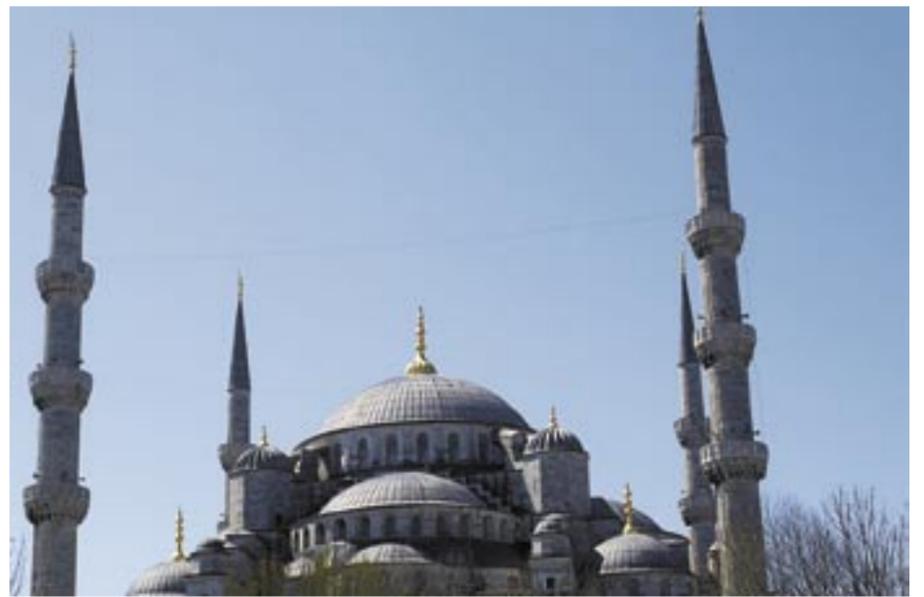
Me dejo llevar por mi instinto
y brujuleo hasta llegar al acue-
ducto Valens, en el distrito de
Fatih, como si de repente y bajo
hipnosis estuviera mirando para
Segovia, en busca quizá de otro
Estambul. Cuando uno se siente

en medio de calles y callejuelas
atestadas hasta los topes, lo me-
jor es dejarse extraviar, mezclar-
se con el bullicio, detenerse a
contemplar la algarabía: gracio-
sos vendedores de helados, mo-
zos tirando por carros o con la
carga sobre la cabeza, merca-
chifles y vendedores de todo
tipo, desde lotería —identifica-
dos con su gorro Milli Piyango—
hasta roscas de pan, cacahuets,
churros bañados en miel o bo-

**Estambul es una ciudad
«enorme, histórica y
descuidada», llena de
bazares, donde todo se
compra y se vende**

cadillos de pescado, hasta maí-
ces cocidos y castañas (kesta-
ne) asadas, con sus carromatos
de color rojo, tramposillos lim-
piadores de zapatos, hombre-
tones contemplando el vacío
pausado de sus mentes, bien
relajados, mientras toman su té
o café (turco), juegan al backga-
mmon (su juego preferido) o fu-
man tabaco dulce y afrutado en
narguiles (otra de sus pasiones)
o pescadores apretujados sobre
el puente de Gálata, bajo el cual
existe una gran variedad de res-
taurantes.

En realidad, cualquier via-
je a lugares conocidos resulta
puro turismo, tal vez porque
ya no existen verdaderos via-
jeros, salvo que uno logre ver
con otros ojos, como si mirara
por primera y pudiera plasmar-
lo con lírica salvaje, como ha-
ce Pamuk en Estambul, ciudad
y recuerdos, obra definitiva pa-
ra quien quiera entender más y
mejor esta ciudad «enorme, his-
tórica y descuidada», en blanco
y negro, con cierto sabor a amar-
gura. Prosigo mi caminata por
esta ciudad de bazares, donde
todo se compra y se vende, rum-
bo al Mercado Egipcio o Bazar
de las Especies (Misir Çarsisi),
que es más coqueto que el Gran
Bazar (Kapalı Çarşı), y resulta
más afectivo y cercano, incluso
por el carisma de sus vendedo-
res. En torno a este bazar «chi-
co» se desarrolla una intensa
vida comercial. Ya en la oscura



Casa Pedro, conocido por su clientela española de famosos; a la derecha, la Mezquita Azul, de visita obligada en la ciudad. CUENYA

noche de las almas, errabundas en busca de algún destino, regreso a la Akbiyik Caddesi por la siempre animada calle que recorre el tranvía en dirección a la plaza de Sultanahmet. Se trata de la calle Hüdavendigâr, donde se halla el Orient Express, un elegante hotel próximo a la Estación de tren Sirkeci. Si bien el Estambul «pobre» —por tanto, no frecuentado por turistas— suele dormir temprano, por la Hüdavendigâr se pasean los turistas día y noche en busca de restaurantes, algunos especializados en comida turca, donde resulta habitual ver a una mujer a la entrada haciendo tortitas. Antes de alcanzar la Akbiyik, me recreo en los obeliscos del hipódromo y sobre todo en las mezquitas, tanto la Azul —cuya belleza espiritual, hecha con seis minaretes, se me hace cautivadora— como Santa Sofía, a las que no me resisto a hacer unas cuantas fotos, como si quisiera capturar su alma, a través de simples imágenes. A menudo nos olvidamos los extranjeros —nos recuerda Pamuk— que lo que moldea una ciudad es tanto su apariencia exterior como el interior de sus casas y el paisaje de los espacios cerrados.



El otro Estambul no es frecuentado por el turismo. CUENYA



Por el Bósforo

Amanece un nuevo y grisáceo día, y aunque amenaza lluvia, lo que inevitablemente deslucirá la belleza, siento una imperiosa necesidad de dar un paseo en barco por el Bósforo. Un día sin sol puede desbaratar hasta un paseo por este mar en movimiento. Sin embargo, las vistas sobre Estambul son hermosas desde el barco. Uno de los grandes placeres que ofrece esta ciudad «fantástica y antigua, pintoresca y remota», tanto de día como de noche.

El barco sale del puerto de Eminönü y va bordeando la ladera izquierda, esto es, la parte europea, pasando a la altura de Tophane, el Dolmabahçe Sarayı, el barrio de Besiktas y Ortakoy hasta cruzar el impresionante puente del Bósforo, que resulta de cierto parecido con el puente 25 de Abril de Lisboa y aun con el Lions Gate de Vancouver, entre otros. No en vano, Estam-

El Estambul «pobre» suele dormir temprano, pero por Hüdavendigâr se suelen ver turistas en busca de restaurantes

Estambul y Vancouver aúnan tanto el sabor de Oriente como de Occidente, y ambas rodeadas por el mar

bul y Vancouver aúnan tanto el sabor de Oriente como de Occidente, y ambas ciudades —de gran belleza paisajística— se encuentran rodeadas por mar. El regreso ladea la parte asiática, el barrio de Üsküdar y la Torre de Leandro, hasta el punto de partida. Con sol las cosas lucen de otro modo, y esta ciudad pierde encanto cuando sopla una brisa marina helada y el cielo se queda encapotado. «A luz do sol vale mais que os pensamentos de todos os filósofos e de todos os poetas», asegura Pessoa. La luz es todo, y si no que se lo pregunten a los pintores y fotógrafos. Después de esta breve aunque sustanciosa excursión, surcando el Bósforo, me dirijo al antiguo monasterio derviche de Gálata, que se halla al final de la Galip Dede Caddesi (1-185) antes de encarar la Istiklal, pero el edificio se anuncia, según un cartelito colocado en la puerta de entrada, cerrado por restauración. Lástima que haya tantos museos y monumentos en obras, lo que me permite entrar en una tienda de música, Lale Plak. Ver esta ciudad a través de sus sonidos, como hace Fatih Akin en uno de sus documentales, es sin duda una buena forma de adentrarse en sus esencias. Una gran diversidad musical como queda reflejada, por ejemplo, en Mercan Dede, Sezen Aksu, Omar Faruk, etc.

Resulta estimulante asistir a



El Çiçek Pasajı, en la popular calle Istiklal. CUENYA

un espectáculo de Derviches a ritmo sufi, verlos girar como peonzas, aunque su ceremonial actual esté pensado fundamentalmente para turistas, poco o nada familiarizados con su danza, conocida como sama o sema. «El valor iniciático del baile —se pregunta Juan Goytisolo— ¿no se desvanece quizá al prodigarse en espectáculo, un espectáculo exportable para uso de turistas?». Ataviados con túnicas blancas y sombreros rojos en forma de cono, inician su ritual con los brazos cruzados sobre el pecho, y a medida que entran en danza, comienzan a estirar sus brazos, mientras dan vueltas a una velocidad vertiginosa, en el sentido inverso al de las agujas de un reloj y según el ritmo musical impuesto, que sólo de mirarlos provoca mareos. Necesitan, supongo, una gran concentración y entrenamiento. Y sospecho que se procurarán elevadas dosis endorfinicas para alcanzar el éxtasis, gracias a la música de acompañamiento con flauta y tambores, y a

su propio sistema de rotación. El espectáculo está asegurado en horario de tarde-noche, salvo los martes y jueves —reservado a las danzarinas del vientre— en Hodjapasha, un antiguo hammam turco reconvertido en sala de bailes.

El viaje llega a su fin, y antes de emprender rumbo al aeropuerto, me doy una vuelta por algunas calles de Sultanahmet, y por azar me topo con la tienda de Pedro. Por este pequeño bazar han pasado, como queda constancia en las fotografías colgadas de su pared central, nuestro presidente Zapatero —acompañado por su mujer Sonsoles—, Javier Sardá, Nuria Ber, Güiza o Marta Sánchez, entre otros. Pero lo más sorprendente es que la hija de Pedro está amadrinada por una berciana, Sara Ramón. Increíble.

El regreso a Madrid se me antoja como una prolongación de Estambul. El país de la media luna, con estrella sobre fondo rojo, sigue fascinándome.